

Mari-Jose Amerlinck

Antropología arquitectónica: propuestas para su estudio en México*

Esta reunión sobre etnografía del espacio denota interés en el estudio y descripción de la dimensión espacial (y constructiva) del comportamiento humano, para discutir cómo avanzar en este nuevo campo de investigación antropológica en el que es mucho lo que antropólogos y arquitectos podemos compartir. Como punto de partida a una discusión es necesario establecer acuerdos en los conceptos y en los planteamientos teóricos que los sustentan. Empezaré por definir qué entiendo por espacio y por qué prefiero no hablar de etnografía o antropología del espacio, sino de antropología arquitectónica. Describiré luego el enfoque desarrollado por Nold Egenter para el estudio de este nuevo campo y, para concluir, mencionaré brevemente algunas de las muchas perspectivas que abre a la antropología en nuestro país.

Empiezo con una anécdota personal. Hace algunos años, cuando Juan Fernando Bontempo y yo aceptamos ocuparnos de la parte de arquitectura vernácula para el *Catálogo de monumentos y sitios de la región lacustre de Pátzcuaro*, intuíamos que el reto era encontrar una alternativa a la finalidad del catálogo de inventariar objetos arquitectónicos como iglesias, mediante criterios académicos de historia del arte, aislando al objeto de la sociedad que lo construyó. Nos parecía no sólo imposible sino absurdo inventariar las casas de los campesinos de la cuenca de Pátzcuaro, o establecer un

“tipo ideal” tomando como referencia la conjunción de rasgos característicos observables en buen número de ellas (Cuisenier, 1979-83:13). Y nos parecía más importante señalar qué se hacía en cada espacio y quién lo hacía, cómo se establecía la privacidad, la importancia de la vida al exterior, que definir el estilo de las zapatas de las columnas del corredor. Ahora sabemos que nuestra intuición era cierta, que no en vano un destacado estudioso de la arquitectura tradicional, Paul Oliver, ha señalado que los criterios de registro para inventariar podrían, si acaso, aplicarse a un vernáculo finito, que hubiera ya completado su ciclo de desarrollo, pero no a uno vivo, en uso y con vigencia previsible de varias generaciones (Oliver, 1969), como era el caso en la cuenca de Pátzcuaro (y en la mayor parte del México rural) hasta hace poco tiempo. Esto es así porque la arquitectura vernácula se caracteriza por la uniformidad de estilo, la repetición de formas y la carencia de expresión individual, como producto de adquisición tradicional de conocimiento constructivo, respecto a un género bien conocido, midiendo con el propio cuerpo, *a ojo de buen cubero*. Por ello, si se aísla la casa del asentamiento de su matriz cultural, de la sociedad que le infunde vida, se convierte en objeto puramente escenográfico.

Narré esta anécdota con ánimo de transmitir la frustración que en esa ocasión sentimos ante nuestra propia biblioteca primero, ante nuestras respectivas disciplinas después, cuando buscamos qué enfoques había desarrollado la antropología para comprender a la ar-

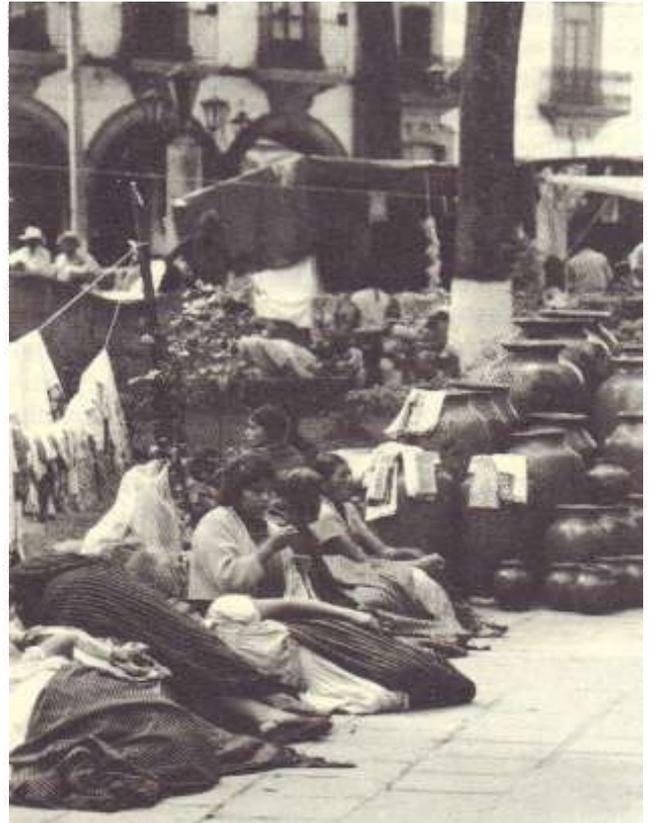
* Ponencia leída en la mesa “Etnografía del espacio en México”, VI Semana Cultural de la DEAS, 24 de septiembre de 1996.

quitectura y viceversa. La búsqueda inicial en las diversas biblias que nunca fallaban cuando andaba a la caza de ideas, así como en historias, libros de texto y ensayos teóricos, daban ayudas indirectas, pero no algo que abriera puertas, al modo que otros esquemas teóricos bien armados solían abrirlas. Por ejemplo, ¿qué decía *Los campesinos* de Eric R. Wolf (orig. 1969) de la casa campesina? Sólo que el campesino, además de sembrar, hace casas, pero igual que hace vasijas y herramientas, o sea inada! ¡Wolf no decía algo que ayudara!¹ Afortunadamente esa cerrazón fue transitoria, ya que siguiendo el camino de la arquitectura vernácula, encontramos obras interdisciplinarias, que nos permitieron puentear los vacíos de nuestras respectivas disciplinas.

Definición: espacio, lugar, entorno construido, constructividad

El diccionario considera dos significados fundamentales y antiguos respecto a espacio: uno temporal, como el lapso de tiempo entre dos eventos (el espacio musical en la radio), que no interesa aquí; otro, que sí interesa, referido a área y que incluye desde la extensión suficiente para algo, hasta la porción de una página (el espacio en blanco), pasando por nombrar al intervalo entre dos puntos, la capacidad de caber, la distancia, un lugar vacante. Este concepto proviene de la geometría euclidiana, donde espacio es una especie de entidad continua y vacía, de tres dimensiones, en que los objetos (estrellas, nebulosas, aire y todas las cosas) pueden moverse.

Es un concepto ambiguo que filósofos, físicos y otros pensadores han tratado de concretar. Por eso, tal vez sea necesario señalar que en el estudio de la antropología arquitectónica, me opongo a toda definición retórica o metafórica de espacio, como sinónimo de “ám-



Artesanas de Cocucho y Arantepacua que usan el espacio de la plaza de Pátzcuaro, Mich., mostrando identidad étnica, relación grupal, ámbito de género y construcción de lugar. (Foto de Juan Fernando Bontempo.)

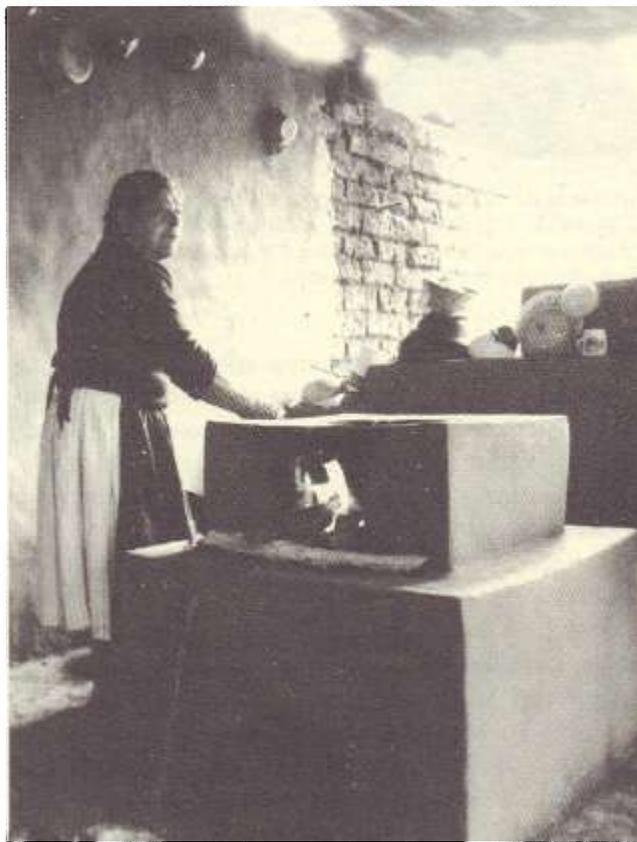
bito”, etcétera. Aquí, me interesa subrayar el concepto de espacio en tanto *topos*, o sea en tanto lugar, como algo concreto que pueda entenderse como objeto cultural, en su dimensión de experiencia sentida y vivida. Este concepto de espacio debe ayudar a comprender lugares concretos, como objetos culturales, pero también debe ayudar a comprender *procesos*, procesos sociales.

Este paso de un concepto abstracto a uno concreto, que además de concreto sea también procesual es difícil, como se ve al tratar de convertir los conceptos de espacio y lugar en verbos: lugar sólo se hace verbo en español como *localizar*, en un sentido geográfico, por así decirlo, pero como objeto cultural el lugar es algo más que su localización geográfica. Aparentemente va mejor la verbalización de espacio, del que surge *espaciar*, pero lamentablemente espaciar no significa crear espacios en el sentido de crear lugares, sino crear un

¹ Sin embargo, esa lectura me sirvió para comprender la importancia central de la casa campesina, pues podía relacionarse con los cuatro fondos que constituyen su esquema analítico: con el fondo calórico o de subsistencia, pues proporciona el cobijo necesario para el sueño reparador, la preparación y consumo de alimentos; con el fondo de remplazo, como almacén de implementos productivos, productos y bienes, taller de reparación y objeto construido; con el fondo ceremonial por servir de foro a fiestas, reuniones y rituales y finalmente, con el fondo de renta, pero sólo en la medida en que no se construya autosuficientemente sino con materiales obtenidos a través del mercado.

vacío entre las cosas, separarlas entre sí (como hace la tecla espaciadora en máquinas de escribir). Esto acarrea problemas: como antropólogos no interesa estudiar y describir el vacío existente entre las cosas, sino hacer etnografía del espacio para estudiar y describir los espacios de vida y trabajo, las fuentes de agua, las calles, los barrios, las ciudades, las fronteras. Y además interesa cómo, con base en estos lugares, se crean identidades, relaciones grupales, ámbitos de género, se refuerzan normas y creencias simbólicas. Interesa entender las relaciones de lugares con otros lugares y con los diversos aspectos de la cultura.

En consecuencia, para evitar la ambigüedad implícita en el concepto de espacio, es preferible definirlo en un sentido de área, pero como objeto topográfico, tridimensional, creado, de sustancia material, forma y color; en síntesis, como espacio *construido*. Al definir al espacio como construido, el sentido cambia, se pier-



Parangua o fogón purépecha, construcción femenina dentro de otra construcción masculina, la casa. (Foto de Juan Fernando Bontempo.)

de toda ambigüedad, se vuelve concretable hacer una etnografía del espacio, como *etnografía de la forma construida* o mejor todavía, como *etnografía del entorno construido*. Y, como las formas construidas, el entorno construido es siempre resultado de una actividad constructiva, es posible introducir la noción de proceso. El entorno construido es, pues, el resultado de un *proceso de construcción*, entendido como el conjunto de acciones realizadas para transformar recursos naturales o fabricados en formas tridimensionales que permiten definir, delimitar y encerrar el espacio.

El estudio de este objeto concreto, construido, resultado de la actividad constructiva en ámbitos rurales o urbanos, de todas las culturas, en todos los tiempos, desde el pasado hasta nuestro días, es el sujeto de la antropología arquitectónica, nueva especialidad que vale la pena fomentar.

Antropología arquitectónica: la propuesta de Nold Egenter

A continuación, describo la propuesta teórica de antropología arquitectónica del autor suizo Nold Egenter, bajo riesgo de aplanar sus muchos matices y simplificar su complejidad. Esta propuesta constituye un punto de partida indispensable por varias razones: la primera es que no puede descartarse un enfoque que él ha bautizado como “antropología arquitectónica”, sobre todo porque no se trata de una mera adjetivación a la antropología, como si habláramos de “antropología religiosa” o “antropología urbana”. A diferencia de estos campos, la antropología arquitectónica no es una nueva especialización antropológica que se bautiza después de que ha dado suficientes signos de vida, sino que ya al nacer ofrece hipótesis para hacer investigación antropológica desde el punto de vista de la arquitectura y, lo que es muy importante, presenta un conjunto de problemas netamente antropológicos para estudiar la arquitectura (Egenter, 1995:1). Con la noción de antropología arquitectónica “es tal vez la primera vez que el término (antropología) se relaciona con la arquitectura en una forma sistemáticamente definida” (Egenter, 1991). Y la definición de arquitectura de este autor es mucho más amplia que la noción que generalmente se tiene al respecto: arquitectura es “todo lo que el hombre y sus predecesores inmediatos en la línea evolutiva han construido y siguen construyendo” (Egenter, 1995:34).

ANTROPOLOGÍA

Cuando este autor, formado como arquitecto, se puso a estudiar cuestiones que generalmente interesan a la etnología, encontró una serie de limitaciones en su profesión, que podía resolver con el apoyo de la antropología. Encontró tres limitaciones en la arquitectura, ligadas entre sí. La primera es que existen objetos construidos, fenómenos constructivos, que la “teoría arquitectónica” no considera; la segunda es que la arquitectura no desarrolla investigación científica; la tercera, que sus esquemas se basan en la historia del arte. Veamos cómo propone resolver estas limitaciones, para comprender su afirmación de que la antropología arquitectónica no es simplemente un nuevo campo de investigación cultural, sino una ayuda para entender mejor la evolución humana, con mejores resultados morales, punto al que volveré luego.

La arquitectura generalmente ha considerado los grandes monumentos, en particular aquéllos de la tradición

euromediterránea y las construcciones realizadas por profesionistas, dejando fuera algunos objetos construidos, como la arquitectura doméstica tradicional o vernácula, las construcciones que Egenter llama *semánticas*, que son objetos generalmente estudiados por la etnología de la religión y, desde luego, los nidos que construyen los primates superiores. La carencia de interés en la investigación científica y la dependencia en los cambiantes “estilos” de la historia del arte, bajo un enfoque eurocéntrico, han estrechado pues los horizontes espaciales y temporales de la arquitectura, que no cuenta con un enfoque propio, por estar más interesada en la creación artística, los monumentos, lo “bello”, que en la actividad constructiva de la especie humana.

Egenter busca resolver estas limitaciones dando a la arquitectura una vía y una metodología de investigación propias, mediante una gran teoría basada en las disciplinas antropológicas y en la redefinición del campo de la



Ejemplo de arquitectura vernácula y economía campesina, mujer con telar de cintura en el corredor de un troje de madera, Capácuaro, Mich. (Foto de Juan Fernando Bontempo.)

arquitectura como “todo lo que el hombre y sus predecesores inmediatos en la línea evolutiva han construido y siguen construyendo”. Cuando el sujeto es *todo lo construido*, independientemente de si es bonito o feo, artístico o chafa, surgen nuevas hipótesis por investigar, para encontrar cuáles son las categorías sensoriales y de construcción de espacios que aparecen como constantes básicas de la experiencia humana y de la cultura. Propone comprender toda construcción arquitectónica desde las perspectivas de la primatología, la etnología y la historia de la arquitectura, de acuerdo con cuatro tipos o etapas que no conforman una secuencia cronológica, sino que están relacionados entre sí, estructural y diacrónicamente. Se trata de la arquitectura subhumana, la arquitectura semántica, la arquitectura doméstica y la arquitectura de los asentamientos.

La arquitectura subhumana surge de la capacidad compartida por los orangutanes de Asia y por los gorilas y chimpancés de África, de tejer ramas para construir un nido estable donde dormir; es una conducta aprendida de la madre durante los dos a tres años que duermen con ella (los nacidos en cautiverio no construyen) y, como son nómadas, son muy numerosos los nidos construidos a lo largo de su vida. Los primeros estudiosos de los nidos de primates superiores plantearon la hipótesis de que esta conducta denota la aparición y el desarrollo filogenético de una creciente dependencia en la adaptación al entorno mediante su manipulación y modificación (Yerkes, en Egenter 1990a:1).

Egenter distingue entre nidos arbóreos y nidos construidos en el suelo, pues implican características técnicas distintas y requieren de diferentes movimientos por parte de los animales. Para construir los nidos arbóreos, el animal se mueve verticalmente al subir y horizontalmente al columpiarse y busca estabilidad con las mismas ramas del árbol, que soportan la plataforma del nido. La diversidad de estos nidos está limitada por la situación. En contraste, al construir nidos en el suelo, donde el animal se mueve horizontalmente y camina a dos o a cuatro patas, existe más diversidad de materiales, de técnicas de construcción y de forma: los nidos van del mero amontonamiento de material vegetal, a las estructuras tejidas en arbustos, pasando por estructuras verticales que se autosustentan e incluso emplean la triangulación para lograr estabilidad, invento este último que se creía humano.

El significado de esta actividad de construir nidos aparece al estudiarlos usando criterios constructivos,

espaciales y funcionales. Por ejemplo, como la visión estereoscópica impide que los primates veamos bien de noche, los nidos dan protección a estos animales durante las horas en que se reduce la adaptación al entorno; les sirven de hogar y de último lugar de refugio en caso de enfermedad o muerte; están ligados a la relación madre-hijo y como pernoctan en grupos, conforman un asentamiento donde el emplazamiento de cada nido manifiesta relaciones sociales y características individuales, de dominio, por ejemplo.² Egenter piensa que existe un sistema de orientación humana que se mezcla con todos los tipos de expresión, como el lenguaje y el pensamiento, que tienen su origen en nuestros ancestros animales (*ibid.*:3). Considerar la constructividad de los primates como una protocultura permite que surjan hipótesis respecto a la influencia que ha ejercido esa constructividad con la evolución humana: pudo haber favorecido la posición erecta, el ajuste de los ojos, la precisión manual y la memoria para recordar técnicas. Estas hipótesis le parecen más sugerentes que aquéllas —que han guiado la investigación paleontológica— relacionadas con el *homo faber*, el hombre como hacedor de herramientas. Además, la actividad de tejer y anudar vegetales para darles rigidez, que es necesaria al construir nidos, lo lleva a plantear que la arqueología no podrá elucidar el pasado constructivo humano, pues su cultura material ya no existe, es precedera: existe una prehistoria “blanda”.

La arquitectura semántica fue el camino que condujo a Egenter a la antropología arquitectónica. Encontró que en algunas aldeas de Japón, gracias a la mayor tolerancia del shintoísmo frente al cristianismo o al islamismo, se han mantenido antiguas tradiciones de una prehistoria agraria, que producen ciertas construcciones que denominó “no domésticas” o “simbólicas”. Estos objetos tienen un valor ritual importante y requieren de un conocimiento constructivo, porque tienen que sostenerse, al igual que cualquier cosa construida, pero no están relacionados con el cuerpo humano en cuanto a forma, función y tamaño, y no sirven de cobijo, ni son habitables, pues no proporcionan espacio interior.³ Al no encontrar explicación adecuada a estas

² Egenter dice que su orientación no se ha estudiado. Sin embargo, véase por ejemplo el trabajo posterior de J. M. Sept, “Was there no place like home? A new perspective on early hominid archaeological sites from the mapping of chimpanzee nests”, en *Current Anthropology* 33, 1992, pp. 187-207.

³ Un ejemplo mexicano sería un castillo pirotécnico.

construcciones, pues para la arquitectura no eran obras arquitectónicas y para la religión eran fetiches o ídolos, Egenter tuvo que ampliar el campo de la etnografía de la arquitectura y del simbolismo religioso, así como el concepto mismo de arquitectura, pues tan construcción era una columna hecha de carrizos, como el templo central de la aldea hecho de piedra.

Egenter denominó “semántica” a esta construcción arquitectónica porque su función es conformar un doble signo en el entorno espacial: uno de tipo socioterritorial y otro ideológico. Como signo socioterritorial el objeto construido funciona como un escudo de armas, para representar al dios patrono y a la membresía del grupo de constructores; otras formas construidas indican antiguas asociaciones entre asentamientos, interdependencia económica entre ellos, o sea representan la historia del pueblo. La línea de rituales cíclicos estereotipados se inicia con la fundación de la aldea cuando el símbolo fue institucionalizado por el fundador y la renovación continua de las relaciones con los santuarios principales y con las casas principales y secundarias, convierten al rito en un archivo de la política local, en un proceso cognoscitivo que va de la arquitectura semántica a las formas del entorno natural, pues existe una complementariedad de relaciones entre montañas y llanuras, bosques y campos, naturaleza y cultura.

En cuanto a la función ideológica estas formas, aparentemente dominadas por la geometría, representan una posición filosófica polar donde existe coincidencia y armonía de opuestos, lo dionisiaco y apolíneo, el ying y el yang, en una antigua síntesis de forma e idea, un principio de arte, una estética elemental. Un atado de cañas siempre es circular y presenta una parte superior y otra inferior; la primera natural, libre, que se mueve con el viento, la segunda, rígida, sujeta a la tierra. Egenter cree que estos símbolos fueron importantes en la historia de la sedentarización en el neolítico europeo, que prosiguió en la edad del bronce y del hierro, hasta la difusión del cristianismo y tuvo un papel preponderante en el pensamiento precientífico, como lo muestra la semejanza de la primera escritura entre sí y con la arquitectura semántica que se mantiene en los pueblos rurales.

Por lo tanto, de las implicaciones técnicas, formales, temporales y espaciales de la arquitectura semántica, surgen nuevas hipótesis en diversos campos del conocimiento. Los signos ayudan a entender fenómenos como

la “creación” del fuego, de herramientas y utensilios, la escritura, la estructura social, el arte e incluso conceptos religiosos y filosóficos. Y, con una interpretación tipo *Gemeinschaft-Gesellschaft*, Egenter propone que los signos explican la diferencia entre los conceptos lineales de tiempo surgidos en las sociedades urbanas, con educación literaria, arquitectura permanente, administración central, jerarquizada e imperialista, frente a conceptos cíclicos de tiempo surgidos en sociedades descentralizadas, autónomas, autosuficientes, con formas de transmisión oral y, lo que es muy importante, con arquitectura perecedera, cíclicamente renovada (Egenter, 1994).

A partir de este análisis, la construcción con fibras vegetales ocupa un lugar central en el esquema de Egenter, por ser mucho más importante y antigua de lo que parece: si se considera la mano como la primera herramienta, las fibras vegetales el primer material, el amarrar y tejer las técnicas primarias, esta constructividad ha acompañado el proceso evolutivo de hominización. Por ello parafrasea, con una inversión de términos, el dicho de que “toda forma arquitectónica es la materialización de normas culturales que existen antes que las construcciones concretas” (Glassie, 1990:9),⁴ para afirmar que “toda norma cultural es una abstracción de la arquitectura que existía antes que el hombre” (Egenter, 1990:1).⁵

En relación con la arquitectura doméstica, Egenter propone, primero, que es poco real la explicación convencional que supone que la arquitectura tuvo su origen en la creación del cobijo doméstico, que dio respuesta funcional a ciertas necesidades de protección; más bien el cobijo surge posteriormente a la arquitectura semántica, pero se basa en ella. Esto es así porque incluso el cobijo más primitivo presupone capacidad constructiva y de percepción espacial y uso de conceptos formales más elaborados que un signo, ya que en términos de función el signo es flexible, mientras que la cabaña es especializada. Egenter piensa que entre el surgimiento de la arquitectura semántica y el de la arquitectura doméstica, existieron construcciones de formas intermedias como trampas para cazar y pescar, pequeños cobijos para guardar cosas, y sólo paulatinamente se desarrolló el aspecto de espacio interior; la

⁴ “All architecture is the embodiment of cultural norms that preexist individual buildings” (Glassie, 1990:9).

⁵ “All cultural norms are an abstraction of architecture that existed before man” (Egenter, 1990:1).

estructuración del espacio de vida con simples marcadores semánticos permite desarrollar técnicas y formas que, más adelante, se aplicarán a la construcción de cobijos. Así, la casa es el resultado de combinar e integrar diversos elementos semánticos: árboles sagrados, el fuego del hogar, las puertas, para conformar un conjunto de “construcciones dentro de construcciones” (Egenter, 1990:11). Cabe señalar que esta complejidad constructiva y espacial de la cabaña es poco entendida por quienes hacen referencia, siempre peyorativa, a chozas y jacales.

La segunda sugerencia para comprender la arquitectura doméstica, que me parece muy interesante y que es de mucha aplicación para quienes trabajamos en este campo, es la de sustituir el concepto de espacio homogéneo de la geometría euclidiana por el concepto de espacio heterogéneo vivido, desarrollado por el filósofo fenomenólogo Bollnow. Éste es el concepto de espacio existente en sociedades no occidentales. Los orígenes de este concepto de espacio heterogéneo vivido, no están en la cosmología, sino en el entorno inmediato, en las condiciones existenciales de la experiencia humana, en la necesidad que tenemos los seres humanos de movimiento y de reposo, a partir de la cual se establecen referencias esenciales dentro de un sistema subjetivo de orientación, donde el centro es el punto de partida. Existe en la experiencia humana una polaridad de salir y regresar, y hay referencias espaciales que permiten establecer un sistema de orientación subjetiva, a partir de un “centro”. Este centro relaciona al individuo con los sistemas sociales y jerárquicos que los definen mediante otras construcciones: casa, iglesia, plaza, estado. Otros conceptos de espacio, surgidos del entorno inmediato, toman como punto de referencia los ríos, las montañas, los senderos.

Bollnow desarrolla un análisis aplicable a la arquitectura doméstica, pues considera el morar como condición básica del hombre para encontrar seguridad y protección, sensaciones que son necesarias para establecer la propia identidad. Analiza la casa como centro del mundo, como un espacio sagrado que se abre o se cierra al exterior por la puerta, cuyo ojo es la ventana y donde la cama adquiere importancia crucial, por ser lugar de entrada y salida del ciclo diario y del ciclo de vida, ya que es lugar de entrada al mundo al nacer y al iniciar la actividad de vigilia y lugar de partida del mundo al morir y al dormir.

En cuanto a la arquitectura del asentamiento, la investigación arqueológica ha encontrado que los asentamientos permanentes se asocian con la presencia de agricultura y aparecen en Europa en el periodo neolítico. Egenter piensa que la arquitectura semántica proporcionó el esquema estructural para establecerlos y para dar puntos de orientación. Si para comprender la tradición arquitectónica de una región en particular se abandonan los conceptos convencionales de la religión y de la historia del arte, podrán encontrarse los cultos y ritos que muestren las raíces de arquitectura semántica en los patrones de asentamiento. El estudio de las construcciones y su significado simbólico proporciona un nuevo punto de vista para abordar la vida ritual y social y cómo se expresan en el orden espacial del asentamiento.

El concepto de espacio vivido de Bollnow, descrito arriba, también se aplica a la arquitectura del asentamiento, pues lo que interesa es el recorrido de lugares, como se establece en el movimiento entre dos puntos, de partida y de llegada, a partir de condiciones físicas, sociales y psicológicas, donde se establecen puntos fijos, ámbitos y territorialidades.

Egenter piensa que sus conceptos de “arquitectura doméstica” y “arquitectura del asentamiento” son aplicables al análisis sincrónico, diacrónico y transcultural. En lo personal él ha trabajado menos estos campos y siempre con relación a la arquitectura semántica, que es su campo de actividad. Aunque es necesario complementar su propuesta con otros enfoques, ya sean derivados de la antropología, ya de otras disciplinas, él cree que la mera incorporación del concepto de espacio de Bollnow haría cambiar todo el sentido de la práctica arquitectónica y de la creación de asentamientos. Lo considera como un cambio de paradigma que sería revolucionario.

Algunos aportes de la antropología arquitectónica

Quienes nos dedicamos al estudio antropológico de la dimensión espacial o constructiva del comportamiento humano, nos hemos planteado por qué si el entorno construido es conceptualización cultural, en el mismo sentido que lo es el mito o el dar regalos, temas que han sido sujeto de la investigación antropológica, la antropología no ha desarrollado una problemática de interpretación arquitectónica. ¿Por qué ha ocurrido así? La respuesta es tal vez demasiado compleja, pues se encuentra en la historia de la antropología, en el desa-



Xuchiles para la fiesta patronal de San Miguel Allende, Gto., ejemplo de arquitectura semántica con significado simbólico y territorial pues representan a diferentes barrios y pueblos. (Foto de Juan Fernando Bontempo.)

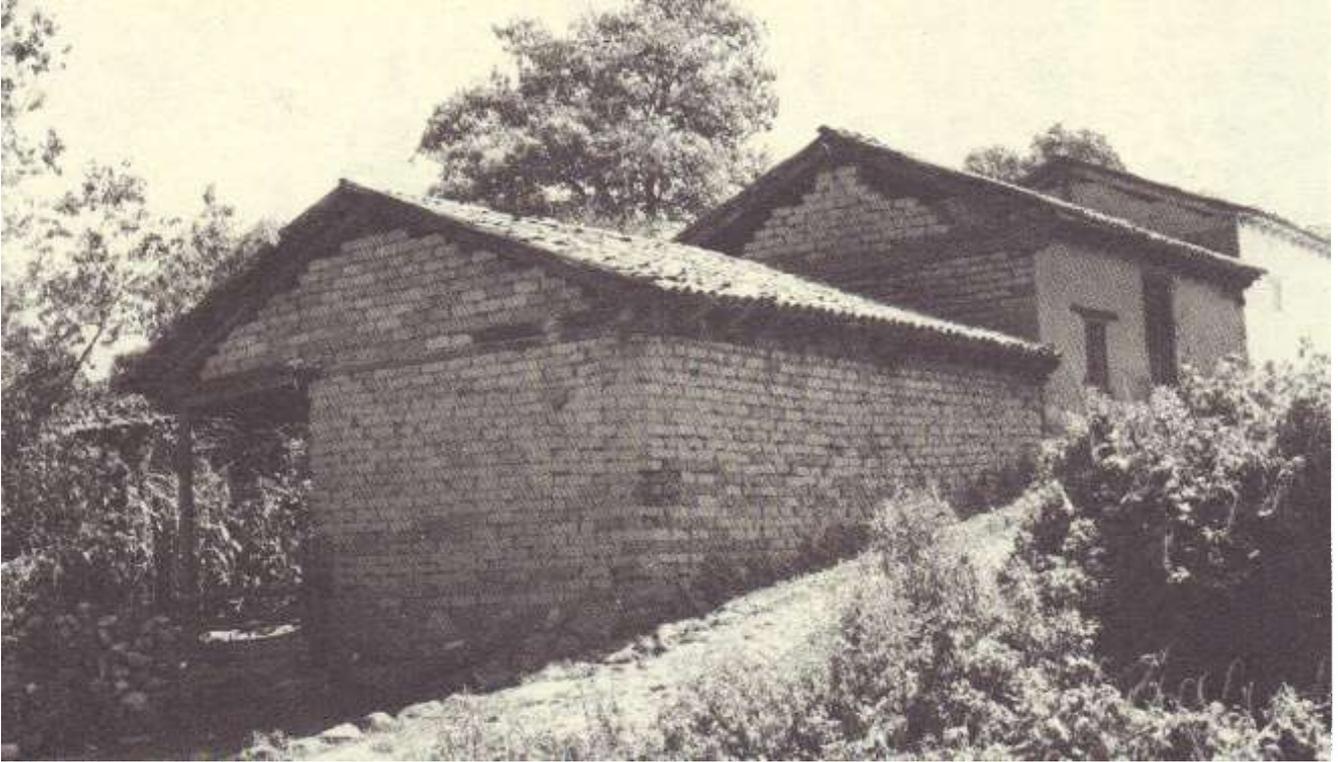
rollo de sus propuestas teóricas y metodológicas, en su vinculación con otras disciplinas. Ya hemos tratado de contribuir a esta discusión (Amerlinck y Bontempo, 1994:24-28), como lo han hecho Lawrence y Low (1991), entre otros. Sin embargo, la respuesta puede también ser más simple: a la antropología no se le había ocurrido colaborar con la arquitectura, porque tal vez no esperaba aprender nada de ella.

Para subrayar este punto, no quiero hablar de los diversos enfoques y datos generados por la antropología que pueden aplicarse exitosamente al estudio espacial del comportamiento humano, sino presentar la propuesta para hacer antropología arquitectónica que nos llega desde la arquitectura. Esta propuesta de Nold Egenter puede resultar desconcertante a primera vista, demasiado alejada de los intereses contemporáneos, de lo que pasa en México. Por eso, antes de terminar, quiero avanzar algunas reflexiones sobre las perspectivas que sí abre a nuestros intereses, aquí y ahora. Creo que Egenter establece

un campo de conocimiento coherente para la antropología arquitectónica, una problemática interdisciplinaria bien constituida: falta difundirla, producir un conjunto identificable de literatura, probar sus hipótesis, generar nuevos datos y analizar los ya existentes desde esta nueva perspectiva para comprender la actividad constructiva.

La voz de Egenter llega desde la arquitectura: como arquitecto, dice, mi disciplina es limitada. ¿Con cuál puedo extender sus horizontes? Con la antropología, que me proporciona un amplísimo marco integrador. Pero ¿de qué antropología se trata? Se trata, en primer lugar de una antropología humanista, centrada en comprender al ser humano integral, al *anthropos*. Se trata también de aquella antropología que contempla el enfoque teórico y metodológico evolucionista, junto con una perspectiva *interdisciplinaria*. Este enfoque ha sido descuidado por la antropología social durante el siglo XX. Tal vez mi generación fue la última en México en que a los antropólogos sociales se nos enseñaba antropología físi-

ANTROPOLOGÍA



Ejemplo de arquitectura vernácula campesina, casa de adobe en San Juan Tumbio, Mich. (Foto de Juan Fernando Bontempo.)



La paulatina transformación de la arquitectura vernácula campesina con modelos que emplean un lenguaje ajeno a la tradición cultural, Uricho, Mich. (Foto de Juan Fernando Bontempo.)

ca, arqueología y lingüística, para que viéramos la cultura y la historia como resultado de una larga cadena evolutiva en el sentido biológico, físico y social. La antropología social que se practica y se enseña actualmente en el país está más relacionada con la sociología que con otras disciplinas antropológicas, porque encontró en esa ciencia el estímulo necesario para comprender los problemas urbanos, demográficos, migratorios y electorales, nuevos para la práctica antropológica mexicana. Esto muestra la nobleza de la antropología, nobleza que se debe al haber surgido para puentear las fronteras entre diversas disciplinas, con un enfoque interdisciplinario no sólo multidisciplinario, y es ésa la apertura que debemos conservar, sin perder la mirada antropológica que, reitero, implica comprender procesos evolutivos.

En cuanto al estudio de los tipos de arquitectura que propone Egenter, en México no existe arquitectura subhumana, pero sí mil formas no descubiertas de arquitectura semántica. No estoy pensando tan sólo en la reinterpretación del material etnohistórico y arqueológico desde esta perspectiva para encontrar nuevas interpretaciones a códices y asentamientos prehispánicos, sino a los múltiples objetos construidos, de sentido esencialmente semántico, que existen en casas y asentamientos rurales y urbanos, sin contar aquellos que son constantemente reinterpretados en ese sentido de comunicar significados. Y, desde luego, existe la posibilidad de investigar la arquitectura doméstica y la del asentamiento.

Podremos abrir nuevos cauces con nuestro propio trabajo siempre y cuando se haga el tránsito de la multidisciplinariedad, con que la antropología y la arquitectura han abordado estos problemas, a la interdisciplinariedad; de estar centrados en la casa como sujeto de estudio, a relacionarla con el asentamiento del que es parte, y de ahí con el entorno construido que la rodea. La arqueología, la etnografía indigenista y la antropología urbana han generado una importante masa crítica de datos para el estudio del espacio en México, y pueden ser reinterpretados bajo los nuevos planteamientos de la antropología arquitectónica, que implican un cuestionamiento de las categorías clásicas de la etnografía para abordar el objeto construido, como resultado de una actividad constructiva.

Paul Oliver, el principal promotor del estudio científico de la arquitectura vernácula, lamenta que no haya surgido todavía una disciplina ni un campo especializado abocados al estudio de las casas entendidas como objeto y como proceso, en el sentido del inglés *dwelling*,

morar-morada, habitar-habitación (Oliver, 1988:9). Una dificultad para la creación de este campo es que el estudio del entorno construido requiere de un conocimiento dual, que combine el saber de principios arquitectónicos y constructivos con el conocimiento etnológico y antropológico. Como la arquitectura no se enseña en escuelas de antropología ni la antropología se enseña en escuelas de arquitectura, pese a lo mucho que antropólogos y arquitectos podemos compartir, las notas y registros hechos por arquitectos carecen de datos relacionados con el uso y el significado cultural de los espacios arquitectónicos. Por su parte, los antropólogos describen detalladamente situaciones sociales o estructuras de parentesco sin especificar el contexto arquitectónico en que se desarrollan, por lo que sus descripciones de espacio son tan malas que un arquitecto no las podría dibujar, mucho menos construir.

Conclusión

Al hablar de los problemas que Egenter veía en la arquitectura, mencioné que su propuesta incluye un aspecto ético. En efecto, él ve a la arquitectura como un campo de experimentación de la antropología aplicada, que permitiría desarrollar una teoría del diseño con criterios confiables, para saber qué ciudades y qué casas se deben construir. Ante la sensación de estar perdido que transmite el entorno homogéneo de las ciudades, el sacrificar calles y plazas al tránsito, el haber convertido el hábitat en mercancía desprendida de la historia humana, se espera que surja una "antropología constructiva del comportamiento humano", que no sólo revoque la interpretación del principio darwiniano de la supervivencia del más apto en el sentido de que el hombre evolucionó a base de violencia, sino que haga tomar conciencia al arquitecto de su responsabilidad para construir un entorno más humano. Juntas, arquitectura y antropología rechazan la idea de que la construcción moderna sea mero objeto de criterios estéticos, funcionales o técnicos, para encontrar cuál es el significado de construir y habitar para la humanidad, para encontrar al ser humano que construye y habita su entorno espacial, porque es necesario contar con la información que haga posible esta tarea.

Por tanto, no me queda sino subrayar la urgencia de hacer investigación de antropología arquitectónica en

México. En el campo de la arquitectura vernácula es particularmente oprobioso el etnocentrismo con que se juzga el uso y la creación de espacios de las comunidades indígenas y campesinas. Por una parte, la arquitectura del indígena contemporáneo es ignorada por los estudiosos, ninguneada por la sociedad en general y vilipendiada por todos aquellos que no encuentran conocimiento constructivo y cultural digno de rescatar ni respetar en lo que despreciativamente denominan chozas y jacales. Pero lo más grave es que esto ha producido una vergüenza internalizada entre sus mismos constructores, hombres y mujeres, aceptando la afirmación de Guillermo Bonfil de que el repudio de parte de la sociedad dominante a un proyecto histórico y civilizatorio distinto, conduce al ocultamiento de la propia identidad (Bonfil, 1987). Los movimientos de reivindicación indígena, que exigen respeto a su cultura y a sus diferencias, manifestada por ejemplo en la defensa del derecho consuetudinario, de la tradición herbolaria, de los ecosistemas, no considera todavía necesario reivindicar su propia arquitectura, más allá de la defensa de la tierra y sus lugares sagrados. Los indígenas empiezan a pedir respeto al derecho de expresarse en su propia lengua, pero siguen manifestando los efectos del racismo frente a las formas de expresión de su lenguaje arquitectónico tradicional.

La construcción de casas, asentamientos y espacios son formas de crear el mundo humano. Corresponde al arquitecto, dice Egenter, darse cuenta de la tremenda responsabilidad de su papel de creador del mundo, de demiurgo. Corresponde al antropólogo no dejarlo solo en esa tarea.

Bibliografía

- Amerlinck, Mari-Jose y Juan Fernando Bontempo, *Antropología y entorno construido: introducción a su estudio interdisciplinar*, México, CIESAS, 1994.
- Bonfil, Guillermo, "La teoría del control cultural en el estudio de los procesos étnicos", en *Papeles de la Casa Chata* 3:23-43, 1987.
- Cuisenier, Jean (dir.), *L'architecture rurale française. Corpus des genres, des types et des variantes*, 22 vols., París, Musée des Arts et des Traditions Populaires, Berger-Levrault, éditeur, 1979-1983.
- Egenter, Nold, "Nest building among higher apes", en *International Semiotic Spectrum*, núm. 14:1-3, Toronto, Canadá, 1990a.
- , "Architectural Anthropology", en *International Semiotic Spectrum*, núm. 14:2-4, Toronto, Canadá, 1990b.
- , "Architectural anthropology. Why do we need a general framework?" (ponencia), en Segunda Conferencia Internacional de IASTE, del 4 al 7 de octubre, 1990, Berkeley, Universidad de California, impresa por Documentation Office for Fundamental Studies in Building Theory, Zurich, 1990c, 35 pp. y anexos.
- , *The Present Relevance of the Primitive in Architecture. Architectural Anthropology Research Series*, Lausana, Structura Mundi, 1992a.
- , "O. F. Bollnow and the Ontology of Home and Movement Outside" (ponencia), en Simposio *The ancient home and the Modern Internationalized home: Dwelling in Scandinavia*, agosto 20-23, 1992, Noruega, Universidad de Trondheim, 1992b.
- , *Architectural anthropology: semantic and symbolic architecture, an architectural-ethnological survey into one hundred villages of central Japan*, Lausana, Structura Mundi, 1994.
- , "Antropología arquitectónica: un nuevo enfoque antropológico", en Mari-Jose Amerlinck (comp.), *Hacia una antropología arquitectónica*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1995.
- Glassie, Henry, "Architects, Vernacular Traditions and Society", en *Traditional Dwellings and Settlements Review*, vol. I (2): 9-21, 1990.
- Lawrence, Denise L. y Setha M. Low, "The Built Environment and Spatial Form", en *Annual Review of Anthropology*, 19: 453-505, 1990.
- Oliver, Paul (ed.), "Introducción", en *Cobijo y sociedad* (trad. J. Corral), Madrid, H. Blume, 1978 (1969).
- , *Dwellings: The House Across the World*, Austin, The University of Texas Press, 1987.
- Sept, J. M., "Was there no place like home? A new perspective on early hominid archaeological sites from the mapping of chimpanzee nests", en *Current Anthropology* 33, 1992, pp. 187-207.
- Wolf, Eric R., *Peasants*, Englewood Cliffs, N.J. Prentice-Hall, 1969.